

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA

Administración: Calle del Arenal, 27. — Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA
25 núms. ordinarios..... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios. » 5

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Madrid: trimestre..... Ptas. 2,50
Provincias: » » 3
Extranjero: año..... » 15

NÚMEROS ATRASADOS
Ordinario..... Ptas. 0,25
Extraordinario..... » 0,50

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

Numero extraordinario. ¡ MADRID: Lunes 27 de Noviembre de 1899. ¡ Precio: 30 céntimos.

AÑO XVIII

NÚMERO 54

«La Lidia» y Guerrita.



de su vida torera, el primero, y desde los comienzos de su existencia periodística, la segunda.

Bastaría para convencerse de ello, si duda cupiese, tomarse la molestia de examinar nuestra ya voluminosa colección. Apenas habíamos dado los primeros pasos en el estadio de la prensa, con un éxito que nunca agradeceremos bastante, cuando empezaba, con igual lisonjero resultado, la exhibición de sus méritos ante la afición, el entonces joven y aventajado lidiador cordobés, Rafael Guerra (Guerrita).

Soldado de filas a la sazón, simple banderillero, algo extraordinario debía revelar en su trabajo, en el mero hecho de que él sólo consiguió imprimir por algún tiempo al segundo tercio de la lidia mayor aliciente, y provocar más grande expectación por esta suerte que por las demás partes de que se compone una corrida de toros, incluso el momento de matar, estimado y con razón siempre, como el más culminante del espectáculo. Por aquella época que muchos recordarán, pues no es tan lejana, fiesta hubo que no cerró otro interés que el de ver banderillar con alegría y guapeza a Rafael Guerra, a las órdenes de su jefe Fernando Gómez (el Gallo). LA LIDIA no podía por menos de hacerse eco de la opinión y votar con la opinión, a la que representaba, y el distinguido escritor don Juan Martos Jiménez, *Alegrías*, lo consignó en sus columnas, con estas gráficas frases: *Este muchacho se llama Guerra y dará guerra...* Con esta afirmación quedaba establecida la corriente de simpatía entre el artista y el crítico, y casi sentado el juicio que la labor del primero había de merecer al segundo en lo sucesivo.

El diestro siguió su carrera de triunfo en triunfo, avanzando por ella a pasos agigantados, y en nuestra Revista, a *Alegrías* sucedió el eminente crítico D. Antonio Peña y Goñi, *Don Jerónimo*. Si aquél no pudo mantener en sus apreciaciones más que los comienzos de una carrera excepcional y los vaticinios de un artista de extraordinarios alientos y de privilegiadas facultades, éste ya pudo tocar y juzgar la realización de tales esperanzas, y rindiéndose a la evidencia por una parte, y por otra dando rienda suelta a sus opiniones y a sus gustos en materia taurina, proclamó desde estas columnas, y siempre de acuerdo con la nutrida y sana opinión, la superioridad y la primacía del torero y del matador sobre todos los de su tiempo. Vió sus últimos ejercicios prácticos con su maestro y paisano Rafael Molina (Lagartijo); asistió a

ro de toros de un periódico diario de esta corte y el aplaudido espada. Nuestra Revista fué el palenque en que éste encontró mayor y más desinteresada defensa, llevada enérgica y valientemente por uno de sus más distinguidos redactores, D. Luis Carmena y Millán, *Venablo*. No necesitamos recordar la solución de este asunto, favorable en un todo al patrocinado de nuestro compañero; basta a nuestro propósito consignar, que continuaban los motivos para una cordial inteligencia entre nuestra publicación y Guerrita, y que éste, como es natural, agradeció por todo extremo la noble defensa del Sr. Carmena, haciendo tangible su agradecimiento en expresiva carta, que el triunfante abogado conserva cuidadosamente.

Nosotros, con más voluntad que méritos y acierto, llamados a reemplazar a aquellas preclaras personalidades, hemos tenido a gala y a honra, no desviarnos del camino trazado por las mismas. Y harto fácil y sencillo nos ha sido el conseguirlo, tanto porque el trayecto marcado era el más recto y seguro, cuanto porque nuestras propias convicciones no nos hubieran impulsado a emprender otro distinto.

Claro es que no todos opinan lo mismo y que no habremos obrado a gusto de todos, lo cual nada tiene de extraño, tratándose de materia de tanto apasionamiento, y en la que tan activa parte toman la parcialidad y la sangre; pero el que manifiesta con lealtad la expresión de su fe ó su creencia, ni peca ni miente; y en este sentido nuestra conciencia no tendrá que reprocharse nunca de haber llevado el engaño ó el sofisma a los que nos hayan favorecido con su lectura. Si; desde que las circunstancias nos colocaron en la necesidad de escribir y de juzgar sobre cosas taurinas, creímos que Guerrita era el más perfecto representante de esa manifestación artística, en cuanto nosotros habíamos alcanzado a ver, y así lo hemos mantenido hasta el último momento, no en forma destemplada ni violenta, pero sí con mesura y firmeza a la vez.

Sólo la injusticia nos habrá hecho quizá recientemente rebasar los límites de la prudencia, y causas son éstas en las que no hemos ido mal acompañados, y en las que todo

*Al retirarme del foro, dedico
un recuerdo de gratitud a la ilustrada
revista taurina La Lidia que con tanta
benevolencia juzgó siempre mi trabajo*

Córdoba y Octubre de 1899

Guerrita

su alternativa; juzgó de su trabajo en los primeros años de espada de cartel, y apreció en él al lidiador más completo que ha tenido la tauromaquia.

Producto de estas observaciones, generadoras de una arraigada convicción, fué su notable obra GUERRITA, que basta y sobra para formar idea exacta del puesto que al protagonista de la misma corresponde en el arte de los Romeros. El favorecido estimó en todo su inapreciable valor tan entusiasta y desinteresado servicio, y el lazo de unión entre el artista y el crítico se estrechó más fuertemente, con gran satisfacción de LA LIDIA, que tan sincera admiración sentía por ambas entidades.

Prosiguiendo en su brillante historia el torero y nosotros en una convencida preferencia, surgieron las diferencias entre el reviste-

el mundo sale absuelto. Con la cometida en Madrid con el inteligente diestro no transigiremos nunca, según puede deducirse fácilmente de lo que sobre el particular hemos expuesto con repetición; por eso no vacilamos, á raíz del suceso, en aconsejar al pundonoso espada la retirada de esta plaza, y otra vez, con tal ocasión, hubo entre él y nosotros comunidad de ideas, como puede verse por la siguiente carta, que á título de curiosidad reproducimos y ponemos á disposición de los aficionados:

«Hay un membrete que dice: Rafael Guerra (Guerrita). — Matador de toros. — Capuchinos, 10. — Córdoba y Junio 22-99. — Señores

D. Julián Palacios y D. Mariano del Todo y Herrero. — Muy señores míos y distinguidos amigos: No encuentro palabras con que manifestar á ustedes mi agradecimiento por la espontánea y desinteresada campaña que vienen haciendo á mi favor. — Las observaciones de ustedes pueden estar seguros que he de tenerlas muy en cuenta para mis resoluciones ulteriores. Repitiéndoles mi reconocimiento, saben que siempre está á sus órdenes, su muy afectísimo amigo q. b. s. m., Rafael Guerra (Guerrita). — Rubricado»...

Tal es la explicación y la historia de las ideas afines entre el gran torero de este siglo y la modesta Revista LA LIDIA. Las frases au-

tógrafas que acompañan á estas líneas, y que el primero dedica en su retirada a la segunda, sellan la buena amistad y cierran por ahora (y decimos por ahora, porque ¡quién sabe lo que todavía puede ocurrir en el mundo!) las relaciones taurinas entre ambas partes. Ya en el terreno particular, lo menos que podemos ofrecer al incomparable maestro, es desearle un bienestar eterno, y guardarle un cariñosísimo recuerdo, en compensación de las consideraciones con que siempre nos ha distinguido. ¡Y se lo ofrecemos con toda el alma!

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Noviembre de 1899.

El último gran torero.



No voy á encomiar los altos y excepcionales méritos del famoso torero que —sol sin acaso— nos ha dejado á deshora, desapareciendo como por tramoya del palenque de sus triunfos, trocando la gloria, la fama y el ruido embriagador del aplauso, por el silencio, la obscuridad y acaso el olvido, y convirtiendo en Monasterio de Yuste la magnífica finca de su propiedad en campo de Córdoba, bautizada con el nombre de «Cuevas bajas».

En todos los tonos acaba de cantarse y pregonarse con ocasión de esta súbita retirada, su habilidad incomparable, sus gallardías y arrojos con los toros, la gracia, el ángel, el aroma especial de su toreo, sus proezas y hazañas, en fin, ante las dos mil

quinientas ó tres mil reses que cayeron á los golpes de su certero estoque, y encomiar de nuevo estas cosas, fuera repetir lo que otros han dicho.

Tampoco he de seguir á los que hace días se dan de calabazadas por averiguar cuál será entre los actuales toreros el que sustituirá al coloso que se fué. Trátase de una vacante de obispo, de general ó de ministro, y no tardaría en cubrirse sin visible detrimento para la iglesia, para la milicia ó para la política; pero tengo para mí que el puesto voluntariamente abandonado por el gran torero, será *sede vacante* por dilatado tiempo. Y es, que obispos, generales y ministros hay muchos, pero Guerrita no ha habido más que uno.

Consagro estas líneas á demostrar que si siempre hubiera sido una pérdida inmensa para la tauromaquia la desaparición de un lidiador del brillo de Rafael Guerra, hoy constituye una verdadera é irreparable desgracia, pues se da *por primera vez* el caso, de que el arte del toreo carezca de una figura culminante y de primer orden.

Desde que el toreo de espectáculo llegó á su completo desarrollo en el último tercio del pasado siglo, sosteniéndole en el favor y entusiasmo del público hombres de tan merecido relieve como Pedro Romero, Costillares y Pepe Illo, siempre que faltó algún gran torero de esos que hacen época en los anales de este arte, tuvo al punto decorosa sustitución, pudiéndose aplicar el proverbio de que «á rey muerto rey puesto».

Al finalizar el siglo XVIII, retiróse Pedro Romero por iniciarse ya el descenso de sus poderosas facultades.

En el primer año del siglo actual sucumbió Pepe Illo, en triste y sangrienta jornada, y casi al mismo tiempo tuvo que renunciar á sus triunfos Costillares, afectado de una enfermedad que le imposibilitaba para el ejercicio de su profesión. Bajas tan importantes y sensibles en el transcurso de cuatro años escasos, debían producir y produjeron indudablemente un descenso en la afición; pero quedaba Jerónimo José Cándido, lidiador de cuerpo entero é insuperable en el manejo de la muleta, y alboreaba ya el famoso Curro Guillén, torero de primera línea, gallardo, arrojado é inteligente, ídolo popular del que se cantaba esta conocida copla:

*Bien puede decir que ha visto
lo que en el mundo hay que ver,
el que ha visto matar toros
al señor Curro Guillén.*

Y sin llegar al rango de celebridades, se contaba con espadas tan estimables como José Romero, Bartolomé Jiménez, Agustín Aroca, Juan Nuñez (Sentimientos), Antonio de los Santos y Juan Conde.

Largo tiempo sostuvieron la afición y el favor del público, Cándido y Guillén; pero muerto éste de una tremenda cornada sufrida el año 1820 en la plaza de Ronda, y rendido aquél al peso de las fatigas y de los años, aparecen al punto como lidiadores de mérito sobresaliente Juan León, padrino y maestro del inolvidable Cúchares, y Antonio Ruiz (el Sombrerero) protegido y *hechura* de Curro Guillén, que no tuvo ni ha tenido rival para la muerte de los toros marrajos que se aculaban en las tablas.

Llenan estos dos matadores, secundados por el Morenillo, Lorenzo Baden, el Panchón y otros, la década de 1820 á 1830; y cuando parecía iniciarse la decadencia del espectáculo, surge en 1831 la inmensa y culminantísima figura de Francisco Montes, que produce una verdadera revolución; torero que por sí solo es dominador y árbitro, sin competencia posible, en los años de 1832 á 1840, por mas que á su lado figurasen espadas tan apreciables como Roque Miranda, Manuel Lucas Blanco, Juan Yust, D. Rafael Pérez de Guzmán y más que podría citar.

Antes de que se amenguaran la popularidad y las facultades de Montes, ya inauguran por los años de 1840 á 1842 sus tareas como estoqueadores de toros, Cúchares y el Chiclanero, que tanto interés y pasión habían de llevar al espectáculo; y cuando el año 1851 muere Montes, y dos años más tarde sucumbe prematuramente el Chiclanero consumido por traidora enfermedad, queda Cúchares en todo su apogeo y aparecen en la arena, el joven Antonio Sánchez (el Tato), matador de grandes alientos, Manuel Domínguez, que regresa de América resuelto á conquistar á *pulso* un preterentísimo puesto, y Cayetano Sanz, modelo de toreros clásicos y elegantes. Esto sin contar

con otros varios estoqueadores considerados entonces como de segunda fila, pero superiores á los que hoy pretenden ocupar la primera.

Cuando por los años de 1868 á 1870, van desapareciendo del ruedo, por diversas causas, todos estos campeones, ya están en él, luchando con ardor inusitado y revelando condiciones realmente extraordinarias Lagartijo y Frascuelo, que llenan con gloria un período de veinte años, alternando con diestros de tan buen nombre como el famoso Gordito, héroe del cambio, Bocanegra, Currito, Cara-ancha, Angel Pastor y Luis Mazzantini.

Retírase Frascuelo el año 1890, y los buenos aficionados se consuelan diciendo: «Aún nos queda Lagartijo, astro todavía de brillante luz; el Espartero, dechado de pundonor y valentía, y sobre todos Guerrita, que, primero como banderillero, y después como matador de toros, ha operado una revolución parecida á la que hizo Paquiro en su época.» Después se fué Lagartijo, murió trágicamente el Espartero, mas aún quedaba Guerrita. Uno solo, es verdad; pero uno que valía por muchos. Retirado Guerra, ¿qué es lo que queda?

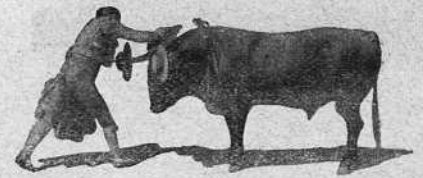
Un pequeño grupo de figuras sin importancia, que hacen algo bueno en detalle, pero que no pueden llenar las aspiraciones de los verdaderos aficionados al espectáculo, y que harán éste cada vez más imposible, porque sus pretensiones exageradas y ridículas distan tanto de ser razonables, como ellos distan de tener todas, ni aun parte de las condiciones que reunieron los que en conciencia han podido llamarse buenos toreros.

No les queda ya ni siquiera el tipo. Apenas hay alguno que vista ni sepa vestir de corto, y con la nueva moda que se traen, de sombreros flexibles, corbatas de lazo, raya partida y cazadoras de fantasía, más parecen sacristanes de covent, cocheros de casa particular ó actores del género chico, que lidiadores de reses bravas.

De todo lo dicho deduzco que, al desaparecer Guerrita con su traje corto (jamás usó corbata ni vistió americana), su gracia andaluza, su alegría en las plazas, su habilidad prodigiosa y su profundo conocimiento de todas las suertes del toreo, queda éste en situación verdaderamente precaria.

Con la retirada del insustituible Rafael, ha desaparecido el último gran torero.

LUIS CARMENA Y MILLÁN.



La cometa y su cola.

EL más sabio de nuestros Doctores, clasifica la tauromaquia entre las artes y la define así: «terrible y colosal pantomima de feroz y trágica belleza, en la cual se dan reunidos y perfeccionados los elementos estéticos de la equitación y de la esgrima, así como la ópera produce juntos los efectos de la música y de la poesía.»

Ni en Tesalia, ni en Roma, ni en Francia, ni en Portugal, se toreó jamás tan artísticamente como en España.

Los críticos nacionales y extranjeros; los lidiadores retirados; los diestros que peinan coleta y el público de todas las plazas de toros, convienen en que desde *El Nuruca*, representado en la pie-

dra de Clunia — que bien pudo ser un Montes de su época — hasta el Bombita chico y Félix Velasco, últimos matadores de alternativa, ninguno pudo igualar á Rafael Guerra y Bejarano (antes Guerrita).

Establecida la gradación, no resultará un aborto esta consecuencia:

Guerrita, por ser único en su género, es el primero de todos los artistas españoles.

Un día de estos, Dios sobre todo, aparecerá en las anaqueladas de los libreros, un volumen de más de 500 páginas, encaminado á probar: *primero*: que en España el toreo es lo más nacional de cuanto existe; *segundo*: que las corridas de toros no fueron jamás, ni son hoy, rémora de nuestro progreso.

Por todo ello, concluyo, que no hay que escan-

dalizarse, si la retirada del maestro se considera como una *desgracia nacional*.

El diestro incomparable desaparece de la arena en la plenitud de sus facultades, en el apogeo de la gloria: sólo la envidia se había atrevido á silbarle.

Como la cola sigue á la cometa, Rafael Guerra, cuando ha visto cabecear primero, y venir luego á tierra, la que hace cuatro siglos remontaron en el cielo de nuestra grandeza los Reyes Católicos, se corta la coleta, ofreciendo, hasta en esto, ejemplo rarísimo de discreción y de grandeza de alma.

Si cada uno de nosotros procurase en su oficio imitar á Guerra, la regeneración de España sería cosa más llana que el redondel de una plaza de toros.

Madrid 16 de Noviembre de 1899.

EL CONDE DE LAS NAVAS.

ANTES Y AHORA

CUANDO Guerrita en Julio del 94 anunció su retirada, la noticia produjo estupefacción inmensa entre los aficionados, y el furibundo guerrista, Peña y Gofi, publicó en LA LIDIA un artículo en que decía:

«Guerra retirado, deja como última impresión, como impresión definitiva, el recuerdo de una fuga que el diestro justifica mostrando su caja de caudales repleta de billetes de Banco.»

Y al terminar el artículo, comparando la retirada de Rossini y la del cordobés, añade: «El último canto del cisne de Pesaro repercutió en el mundo entero como gloriosa armonía. El postrer canto del cisne de Córdoba, ha estallado en España como un graznido.»

Yo, por mi parte, analizando aquella retirada, publiqué *Tipos que fueron*, y allí, á vueltas con la incomprendible determinación de Guerra, dije:

«... Borrarse violentamente, siendo la principal figura de un cuadro grandioso que tiene por marco el cielo y la belleza, y por fondo la animación, la alegría, el entusiasmo; desterrar el artístico traje de lidiador, donde la seda y el oro se disputan un espacio para engalanar al valiente; irse á confundir en el montón inadvertido de paletos; querer ser nada siéndolo todo, viéndose joven, admirado, envidiado, lleno de popularidad... todo esto, como castigo, sería horrible; como determinación de la voluntad no tiene nombre.»

No sé si aquellos escritos y la opinión de todos los aficionados influyeron en el ánimo del espada; pero es lo cierto que éste no se decidió á llevar adelante su resolución y volvió á la arena.

Hoy la deja, y hoy estamos en el mismo caso; cinco años á la edad de Guerrita nada suponen; ahora se halla más fuerte que entonces, más ágil y tiene cinco años más de experiencia, de maestría, si vale decirlo así.

Y sin embargo, ahora nadie protesta; los amigos aplauden su determinación y le envían cientos de telegramas felicitándosela. Guerrita el héroe se convier-



te de la noche á la mañana en el burgués D. Rafael Guerra, y todos ven la cosa como lo más natural del mundo.

¿A qué se debe este cambio?

Se debe á la actitud del público que hizo imposible á Guerra seguir toreando.

Fuera el público lo que fué para Lagartijo, verbigracia, Guerrita no hubiera tenido valor para arrojar

su popularidad, su nombre, su gloria, en el montón de las *clases pasivas*.

Pero el público que veía en Guerrita un torero excepcional, inmenso, el más completo que ha pisado la arena, el único, quizá, que no se dejó un toro vivo, el que fundió el admirable toreo de Rafael y el arrojo de Salvador, el que practicó todas las suertes entrando á pelear donde nadie había entrado, y recibiendo toros como seguramente no los recibió el gran Paquiri; el público que llenaba el circo cuando Guerra figuraba en el cartel, gozaba lo indecible en hostilizar al diestro, en mostrarle su desagrado, y faenas de verdadero maestro, que hubieran producido delirantes ovaciones á Rafael y Salvador, pero que no resultaban ni podían resultar de lucimiento por la índole de los toros, excitaban el enojo de una parte no exigua de ese público, la cual se desataba en insultos contra el matador, encargando á las botellas que reforzaran tan cañes argumentos.

Para explicar esa actitud del público se han empleado toda clase de razones.

Cada cual aduce las suyas.

Por mi parte no tengo otras que las que dí en la humilde obrilla antes citada.

Y como no he de repetirlas ahora porque el artículo resultaría interminable, le doy fin deseando á D. Rafael Guerra toda serie de felicidades, y haciendo votos porque la tiara que Guerrita dejó vacante en la iglesia taurina, no esté mucho tiempo sin cabeza visible que la lleve á los altares.

Aunque por el cariz que toma el espectáculo creo firmemente que no lo verán mis ojos, así Dios les conceda muchos años de luz.

PASCUAL MILLÁN.

GUERRITA Y SU TIEMPO

CARTA Á JUANITO GUILLÉN SOTELO, ADMIRADOR DEL MAESTRO CORDOBÉS.

¿Cuánto habrá usted sentido la retirada!

Y, sin embargo, convenga conmigo en que para ser oportuno el torero, hasta en eso; porque de seguir el ejercicio, hubiera hallado la decadencia, y con ella la soflama de los públicos, el desmerecimiento natural por el desgaste de afición y fuerzas físicas. El público quiere un ídolo, y éste sobre un pedestal tan alto, que á su alrededor todos los demás mortales parezcan liliputienses.



El arte de torear comienza ahora un período decadente que quizá se resuelva en una negativa ansiada por sus adversarios. El astro que brillantemente le prestaba luz, ha ocultado con el ocaso todo su poderío, y como estrellas errantes vagarán de un extremo á otro de España los pequeños satélites que giraban alrededor de *aquel* que fué potente foco y luminar esplendente de soberana inteligencia.

Es indudable que existe la idoneidad en todos los actos externos de la humana vida; muchos sujetos equivocan su rumbo, y contados lo aciertan, para ser cabeza poderosa de una singular actividad. Guerrita vino á este mundo para ser torero de especial valía, y sus pasos primeros denotaron que en él había materia prima y consciente; trabajarla por el estudio y el uso dominando esa materia, estructurándola y dándole la inclinación necesaria al medio en que debía desarrollarla, fué el trabajo realizado por la facultad de inteligencia que en él hizo las veces de fino buril.

He estudiado al artista en su propio escenario, en el circo, y ante la multitud de exámenes que ha sufrido conquistando por su valía las preseas de la victoria indiscutible, mi opinión, como juez en ese jurado de la lid taurina, ha sido concederle la nota más preciada de suficiencia: la de SOBRESALIENTE.

Sujeto de tanta valía en el arte de lidiar reses bravas, pudo aún llegar á más emulando las glorias imperecederas de Montes y Redondo, culminantes figuras de la tauromaquia del siglo XIX; pero al hallarse sólo con sus laureles, al notar la incompetencia de muchos lidiadores sus coetáneos y la decadencia de otros que no podían ya disputarle la palma, no ha podido sentir el acicate del deseo que lleva á los artistas al extremo digno de la competencia, para en gallarda porfía, disminuir la altitud del arte á cada cual respectivo. Lo nuevo era luz en Guerrita; lo viejo era opacidad en Lagartijo y Frascuelo.

Voy á terminar pronto dando á este pobre juicio una brillantísima nota de color. Para esto, he de recurrir á lo escrito hace ya ocho años, y su copia en este solemne instante, dará exacta idea de la fuerza de arte de Guerrita.

Era la tarde del día 20 de Abril de 1891. El anchuroso anfiteatro sevillano era poco á contener los miles de espectadores que habían acudido de todas partes de España á presenciar las fiestas clásicas de la feria, y las corridas de toros de tanto atractivo en la riente sultana del Guadalquivir famoso. Las reses de aquella tarde eran de Miura, de medrosa popularidad, y se esperaba fundamentalmente algo extraordinario, si no en

la brega de ellas, al menos en los accidentes de una lid valiente, por lo dificultosa. Habían estoqueado las dos precedentes el concienzudo Cara-ancha y el temerario Espartero, cuando salió al ruedo JUDIO, tercero de la corrida. Era negro de piel, bragado y cornicorto de armas y con peso — limpio en canal — de 328 kilos. Verse libre del chiquero y colocarse en los medios escarbando la tierra, oliéndola y enarcando la lengua cola en señal de su propia mala condición, fué acto que debidamente apreciaron los entendidos espectadores. JUDIO era un *miureño* en el sentido adecuado que los diestros dan á ese sustantivo.

El toro acosaba, se banderilleó con exposición por Primito y Mojino, y cada instante iba desarrollando mayor intención y malicia.

Describiendo su lidia en muerte, dije entonces en *El Imparcial Sevillano*:

«Hubo gran expectación después de brindar el famosísimo GUERRITA; pues iba á juzgársele con un toro difícil.

«El diestro más diestro de estos tiempos hizo una faena, que sólo viéndola y apreciándola con estricta justicia, puede formarse cabal idea de la brillantez, inteligencia y serenidad de ánimo con que la llevó á cabo.

«Arrimándose sosegadamente para CONSENTIR al toro en el engaño de la muleta, le dió el gran torero, como principio, un pase magistral de pecho, dos altos, dos de telón, uno de pecho, y como final dos con la derecha en poco terreno, situándose á la muerte sobre corto, y arrancándose á volapié con una fenomenal estocada hasta mojarle la mano, hartándose de morrillo. El toro cayó desplomado instantáneamente sin el auxilio de la puntilla. La suma facilidad, unida á la destreza y conocimiento del espada cordobés, que ejecutó en DOS MINUTOS esta imborrable faena de convertir á un toro de sentido en noble y sumiso, produjo el delirio. La ovación fué digna por todos conceptos de la hazaña que había ejecutado el sin par GUERRITA.»

El sublime diestro, que manda retirar á Cara y Espartero, que deseaban prestarle ayuda, y halla en su incomparable muleta medios acertadísimos de buflar una tan difícil res, y someterla á una cambiante de condición, sojuzgándola hasta el extremo de que al término de un pase perfectísimo le diera de puntapiés en el hocico, ¿no es realmente un maestro en su arte, y digno, por tanto, de que su nombre figure en la historia entre los predilectos y famosos?

«Me hago la creencia de que usted, Juanito, siquier por la amistad cariñosa que le profeso, tendrá á bien acoger benévola este pobre juicio de un viejo aficionado, y por apéndice, emborronador de papeles, que usted dice que valen mucho, y yo estimo tan sólo como expansivos medios de no permanecer ocioso y hacer algo, aunque débil y efímero, por la histórica verdad del toreo, afición de toda mi vida.»

A. RAMÍREZ BERNAL.



UNA PÁGINA DE HISTORIA

LA novillada del 13 de Marzo de 1887 hace época en la afición de los toros, en la historia del Bebe, y constituye uno de los triunfos de Guerra, que apuntaba entonces como matador, llevando ya la ejecutoria de especialísimo peón y sin par banderillero.



El empresario D. Rafael Menéndez de la Vega, que tenía ajustado para seis corridas al diestro cordobés, cumplió para aquel día una de las cláusulas de la escritura, primera que hiciera Guerrita, en la que se estipulaba que el Bebe, su banderillero entonces, había de figurar como matador en dos corridas consecutivas, cobrando por cada una la cantidad de 625 pesetas.

Y figuraron aquella tarde como matadores Guerra y el Bebe, por *Guerra impuesto*, estoqueando cuatro toros del Duque de Veragua. El novel torero, á quien aguardaba una triste catástrofe poco después en una plaza de Levante, no tuvo fortuna en la corrida con que se presentara como matador al público de Madrid.

En cuanto á Guerra, alcanzó aquel día el primer triunfo como matador en la plaza de la corte, y recibió en ella el primer toro.

Clavellino se llamaba el que salió en primer turno; negro listón, bragado y salpicado de pelo, abundante de cuerna y algo caída la derecha. Le picaron el Pegote, Veneno y Manuel Infante; fué banderilleado por Miguel Almendro y José Martínez (el Pito), y Guerra, que vestía de encarnado con oro, hallándole noble y tomando bien la muleta, le saludó con un cambio superior, al que siguieron otros seis buenos pases, todos sobre la mano izquierda, parando, consintiendo, cargando la suerte y despegándose al del Duque con suprema elegancia; una vez cuadrado *Clavellino*, adelantó Rafael la muleta y el pie izquierdo, y recibiendo le metió una estocada con los defectos de todo el que deja llegar demasiado, contraria y trasera, es decir, lo que llaman los clásicos *sobrada*, exceso de bondad. El matador vació la res sin mover las piernas, y quedó en su terreno con la muleta extendida esperando que le acometiese el toro.

La colocación del estoque, hundido hasta la cinta, hizo que no doblase el bicho, al que en medio de una gran ovación, continuó Guerra toreando con 10 pases, siempre con la izquierda, dos altos, uno de pecho, dos redondos y cinco cambiados, y arrancándose cortísimo y recto, dejó una estocada honda é ida teniendo que salir por la cara, porque *Clavellino*, ya apurado de facultades, se le quedó en el centro de la suerte.

Le intentó descabellar con la puntilla y acertó á la segunda con el estoque.

La plaza de Madrid, completamente llena aquella tarde por el mismo público de las corridas de toros y que aún era imparcial para Guerrita, le hizo una imponente ovación; la faena fué larga, lucidísima; en 1899 se la hubieran silbado; entonces, antes de tomar la alternativa, Ernesto Jiménez le llamó *torerazo* desde las columnas de *El Enano* antiguo.

Llamábase el tercer veragüeno *Jitano*, y era negro

zafnc, caído del pitón derecho y casi hormigón del izquierdo. Cumplió en su pelea con los picadores Artillero, Pegote é Infante, y llegó aguerenciado en las tablas al último tercio.

Guerra le toreó, siempre sobre la mano izquierda, pues la derecha no la empleó una sola vez en la tarde, con dos pases de pecho, dos redondos, uno alto y tres naturales, y se metió corto y derecho al volapié en tablas, saliendo limpio por el costillar y agarrando una estocada hasta la mano que, por los caprichos de la colocación del estoque, resultó baja.

El público, que había apreciado la pureza en el arranque del espada y que no tenía entonces prejuicios, prescindió de la colocación del estoque, *se sintió buen aficionado*, estimó la ejecución, y premió á Guerra con entusiastas aplausos, arrojándole en gran cantidad cigarras y sombreros.

PERFILES DE GUERRITA



No somos ni hemos sido nunca de los que aplauden incondicionalmente las faenas de un torero; de los que forman orgullosamente en la tertulia de cualquier matador de nombre, aun á riesgo de pecar de inoportunos y lateros; ni de los que celebran á todo evento en el diestro de moda sus ingeniosidades ó sus sandeces.

Lo cual no es óbice para que hayamos experimentado una sincera satisfacción en recibir el saludo ó en estrechar la mano de la gente de coleta, siempre que la ocasión ó las circunstancias nos han presentado la oportunidad para ello. Es decir, que si bien no hemos solicitado su amistad con empeño, tampoco la hemos rechazado con enfado, procurando guardar con ella una buena inteligencia, tan lejos de la intimidación obligatoria como de la hostilidad infundada.

Hacemos la anterior declaración para que no se crea que nos deslumbran como á muchos las brillantes guaranicones de oro y plata que realzan á los héroes del circo, ni que son de parte interesada las impresiones que vamos á consignar siquiera revistan un carácter de familiaridad y confianza, que seguramente les prestará mayor interés y novedad.

No resistiendo al deseo de transcribirlas porque constituyen verdaderos *perfiles* del famoso lidiador, que quizá puedan influir modificándola en algunos extremos, en la opinión general formada sobre el mismo. Y ahí van:

En uno de los continuos viajes de Guerrita, acercóse á saludarle en el andén de la estación del Mediodía el novillero madrileño X. — ¡Hola! — le dijo el cordobés — ¿toreas mucho?

— Poco — contestó el aludido; — ahora me ha salido una corrida para el día 15 en C., pero tal vez no pueda ir á torearla, porque no tengo para el viaje.

— *¡Gueno!* — replicó Guerrita; — pues el día antes, preséntate al jefe de la estación y él te dará el billete *pa* que vayas y no pierdas esa *corria*.

— Gracias, Rafael — repuso X, y desapareció. Guerrita se avistó inmediatamente con el jefe, y le en-

Si las apreciables hordas de zulús que en 1899 *abotellaron y naranjearon* al gran torero *porque mataba por delante un toro ladrón*, presenciaron aquella hermosa faena, el eco extrínseco de los silbidos se oye en los barrancos de la sierra cordobesa; pero aún el público estaba sano, y no influían en él corrientes interesadas ó ignorantes que habían de venir luego.

Con estas dos faenas que acabo de relatar malamente, se acreditó Guerra como matador de toros completo que arrancaba y paraba, daba tablas y recibía.

A aquella hermosa alborada artística sucedió un día lleno de luz; Guerra fué después el torero indiscutible, llegó á la cumbre con la temporada inmensa de 1894, temporada tan brillante *cual no la ha tenido jamás ningún torero*; se quedó solo, sin rivales, sin iguales, y recientemente, por causas de todos conocidas, el incomparable diestro, en la plenitud de su fuerza y de su arte,

cargó que el día señalado facilitase por su cuenta al referido novillero el billete para C., y que diese orden, además, al conductor del tren de entregarle al llegar dos ó tres estancias antes de la de destino, 25 pesetas para los primeros gastos.

El jefe quedó en complimentar aquel encargo del matador, como había cumplimentado con anterioridad á otros muchos; pero esta vez no hubo lugar á ello, porque ni el día señalado, ni algunos después, pareció á reclamar lo prometido el novillero de referencia.

De modo que éste, á pesar de las facilidades otorgadas, no tuvo á bien torear la corrida que le *había salido*, y es de suponer que si Guerrita le hubiera entregado el dinero en efectivo, tampoco hubiera ido á torearla.

¿Conocería el *percal* el maestro?

Por Abril del 94 me trasladé, como otras varias veces, á Sevilla para presenciar su incomparable tería y las famosas corridas de toros que durante la misma se verifican. En una de ellas, la primera si mal no recuerdo, lidiaron reses de la *Viuda* (Concha y Sierra), Espartero y Guerrita. Ambos estuvieron superiores de verdad. Manuel mató el tercero con una guapeza y valentía admirables, de un volapié fonomonal. Rafael tenía que apretarse la taleguilla para igualar á su contrincante, y se la apretó. Toreó primorosamente al cuarto y lo echó á rodar de una colosal estocada *recibiendo á toda ley*, y banderilleó al quinto como acostumbraba. El público salió entusiasmado, y no se oía otra cosa que hablar de la corrida y vocear la reseña, *con lo bien que habían trabajado Espartero y Guerrita*.

Por la noche, al sevillano era inútil verle más que en determinados sitios; pero el cordobés salía á dar una vuelta por las calles y la feria. En la angosta, y por esa época intransitable calle de las Serpientes, hubo un momento en que se interrumpió la circulación; la gente se agolpaba á ver algo extraordinario. Era Guerrita que avanzaba ataviado con arreglo al más puro clasicismo taurómico; recogido sombrero calañés, chaquetilla de terciopelo granate, rico pantalón negro de talle, bota de charol con cartera de color claro, bastón, camisa bordada y deslumbradores brillantes... Al llegar frente al Círculo de labradores me divisó, y en seguida se acercó tendiéndome la mano.

— ¡Como! ¿Usted también por aquí? — dijo.
— A verlos á ustedes — repiqué — y que sea enhorabuena.
— Gracias. *Ma legro verle gueno, y ya sabusté*, si algo se le *ofrese*...

Hizo una breve pausa, giró la mirada por aquella muchedumbre que nos asediaba y añadió con firmeza:

— ¡Aquí soy el amo!...
Comprendí el significado de la frase. Era un alarde de

que tenía que estoquear. Era mucha su habilidad consintiendo con engaños hasta rehacerlos. Animalito le vi matar en los tercios, que había hecho toda la pelea barbeando las tablas.

Ninguno de los espadas actuales pudo competir con las buenas condiciones que en conjunto tenía Guerra, siendo imposible, por tanto, hacerle perder su gran cartel; y esto no obstante, sin que nadie le apretara, su desmedida afición hizo ejecutar con más ó menos perfección la suerte de recibir. Vestido con el traje de luces, olvidaba que podía salir del paso sin poner tanto de su parte para complacer al público.

Nunca fué apático. En Madrid, como en cualquier plaza de tercer orden, Rafael hacía cuanto podía. No inventó suerte alguna, pero supo imprimir á todas cuantas practicó un sello especial é indiscutible.

Muy pocas veces lo vimos despegado de los toros, á los que dominaba con suma facilidad, con la percalina y sus muchas facultades. La habilidad adquirida á pasos contados, con la base de conocimientos aprendidos de su maestro el Gallo, y que perfeccionó al lado del maestrizo Lagartijo, unida á la mucha vista que tenía, por venir andando alrededor de los toros desde muy niño, le permitía hacer con ellos cuanto le venía en gana.

Calculaba con precisión matemática el punto en donde había de quedarse la res después de ejecutada una suerte. Conocía si aquella contaba ó no con patas, y si era corta de resuello, para terminar encunado, pero fuera de cacho, siendo la admiración de los espectadores que les cautiva la desenvoltura que es necesaria para ejecutar el toro alegre.

Siempre se llevó bien con sus compañeros, á los que ayudaba en el *ruedo* con igual solicitud que si fueran hermanos. No trató á Rafael, y no sé si sería soberbio, pero no debía serlo mucho, cuando al contrario de lo hecho por Montes, con menos motivo que el Guerra — puesto que entre éste y los actuales espadas existía mucha más diferencia que entre Montes y los de su época — no quiso, como aquél, rebajar á sus compañeros toreando por delante de ellos.

Pues bien; este célebre torero abandona el palenque de sus triunfos, y dando de lado á su ingénita afición, se marcha de los toros sin ruido, en la fuerza de su edad y en la plenitud de sus asombrosas facultades, pletórico de oro y de delirantes ovaciones que le tributaron millares de espectadores,

aburrido ante la injusticia y la estupidez humanas, decidióse un día, y á las orillas del Ebro, en corrida de la feria del Pilar zaragozana, *se quitó de los públicos y de los toros*, sin despedidas, marchas triunfales ni alharacas.

La novillada del 13 de Marzo de 1887 fué como el epígrafe de su vida torera; la brillantez de su arte subsistió siempre, y el tiempo, que abrillanta lo perdido, lo pondrá en su lugar; pero malhadadamente subsistía también la desgracia: entonces, entrando corto y derecho se le fué un estoque á lo bajo; después, siendo el primer torero de su época, completo, gallardísimo, seguro, siempre nuevo é inteligente, hubo una parte del público, más ó menos interesada é importante, que también *se fué á lo bajo y no lo admitió*.

JUAN GUILLÉN SOTELO.

arrogancia de un artista con la conciencia de su propio valer, ante un público que se inclinaba con preferencia á su competidor, por razones de paisanaje, y sin sospechar siquiera que algunos días después había de ser efectivamente el *amo* de aquella plaza, como de todas las demás, á consecuencia del trágico fin del Espartero.

Hace dos ó tres años, al terminar la temporada, y de paso Guerrita en Madrid, procedente de Zaragoza, con dirección á Córdoba, quiso reunir y obsequiar con un almuerzo á un determinado número de amigos, y al efecto circuló las invitaciones para un gabinete de Fornos.

El almuerzo fué digno del anfitrión, y excusado es decir que la conversación, tratándose del célebre matador, fué única y exclusivamente de toros. En este punto Guerrita posee una memoria inverosímil, y se acuerda de casi todos los detalles del enorme número de toros que ha muerto y de faenas que ha realizado. En general se recordaban algunas, y el que hablaba se refería á la llevada á cabo con una res de la ganadería de *Otaolaurruchi* por el diestro, mientras éste departía particularmente con uno de los presentes. Al terminar el preopinante, y como ratificación á lo que acababa de exponer, se dirigió á Guerrita preguntándole: ¿Te acuerdas, Rafael, de aquella faena? A lo que contestó éste:

— Sí, ya *ma cuerdo*. En Jerez, con un toro de ese *Jotala-gachi*.

El espada había reformado de una manera tan aproximada como original el apellido del conocido ganadero y cosechero de la provincia de Cádiz.

Varios *perfiles* más pudiéramos añadir á los anteriores; pero este artículo se haría ya demasiado largo, y basta con los consignados para demostrar que Guerrita no es tan apegado al dinero, tan hurraño y de tan cortos alcances como el vulgo ignorante, influido por dos docenas de mal intencionados ó envidiosos, quiere suponer.

Y en manifestarlo así se complace y se satisface

D. CÁNDIDO.

Noviembre 1899.



GUERRITA

SEAMOS IMPARCIALES

Si copiara cuanto se ha escrito de ciertas faenas artísticas ejecutadas por el buen torero Rafael Guerra, como lo hicieron otros del célebre Francisco Montes, dejaría de ser imparcial.

Ni del notable Montes, con haberlo sido tanto, ni del torero cuya falta sentimos, porque ha hecho con los toros lo que todo el mundo sabe, yendo de triunfo en triunfo, hasta el punto de no haber cartel posible si en él no figuraba su nombre, nos atreveríamos á decir que fueron perfectos.

Tenía cada uno sus defectos; y si buenas cosas se atribuyen á Paquiró, buenas y no pocas contaba Guerrita, que sobresalía entre los suyos, más que Montes entre los de su época.

Mucha gente arrastraría Montes á los cosos taurinos, pero bien puede asegurarse que no se llenarían aquéllos un día y otro como ha sucedido siempre que toreaba Guerrita.

No ha existido, yo creo, diestro con tanta afición como Guerra. Los hubo, sí, que trabajaron con entusiasmo en algunas tardes; pero otras lo hicieron por necesidad, pudiendo asegurarse que ninguno lo hubiera hecho si contara con el capital de Rafael, quien no obstante esto, cuando ha sido necesario entregarse á los toros, se entregó. Recuerde el lector lo ocurrido la tarde de *las naranjas*, en que tan injusta estuvo con este diestro una pequeña parte asalariada del público.

Dejando á un lado el perjuicio que ocasiona al toro el abusar de los jugueteos, pues viendo los objetos muy cerca, es sabido que acaba por quedarse manso, ¿quién negará que Rafael, con los palos en la mano, arrancó más palmas que ningún otro, por ser banderillero de ambos lados, y de los que mejor cuadraron en la cabeza de la res?

En el último estado de la lidia, tenía Rafael la buena condición de que le duraban muy poco los toros. Dudo yo que haya habido quien le iguale en esto; circunstancia principalísima para no aburrir á los públicos.

Lo más notable, lo que siempre admiré en Rafael II, fué la facilidad con que lograba hacer bravos á los toros mansos

trocando todos estos triunfos por la apacible paz del hogar doméstico.

La causa de esta retirada la ignoramos, pero sí sabemos que tan repentina resolución ha producido gran disgusto hasta en los más apartados rincones de España. En todos ellos existen aficionados á la gran fiesta nacional, y no estamos tan sobrados de diestros para no lamentar la pérdida del más firme adalid y brillante sostenedor de nuestra típica fiesta.

Habrán torero entre los que quedan en funciones que aventaje quizá á Guerrita en determinada suerte, pero nadie reune en conjunto los méritos que hacían de Rafael Guerra la figura incomparable de la actual torería.

HACHE.

PUBLICACIONES

Rafael Guerra (Guerrita). — Con motivo de la retirada del célebre torero, acaba de publicarse en Lisboa un elegante folleto, debido á la pluma del ilustre escritor portugués D. José María Santos Junior (*Santonillo*), que contiene una excelente biografía del califa cordobés, una apreciación juiciosa, razonada y brillante de sus condiciones como lidiador, y multitud de noticias y observaciones curiosas relacionadas con su vida torera. El trabajo de *Santonillo*, interesante bajo todos conceptos, ha obtenido gran éxito en Portugal, y lo está obteniendo en España, donde acaba de ponerse á la venta en todas las principales librerías.

ADVERTENCIA

Con el presente número, LA LIDIA da por terminado el año XVIII de su publicación.

Dentro de breves días, y siguiendo antigua costumbre, repartiremos á los señores suscriptores, y pondremos á disposición de los coleccionistas, una artística cubierta para su encuadernación.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27. — Madrid.



RAFAEL GUERRA
GUERIZA

E. Varela

ESTAB. TIPOLITOGRAFICO

J. PALACIOS. ARENAL, 27.